

PLIEGO

Vida Nueva
3.010. 5-11
NOVIEMBRE DE 2016



Misericordia quiero, no sacrificios

ÁNGEL MORENO, DE BUENAFUENTE

A punto de concluir el Jubileo Extraordinario convocado por Francisco, uno de los Misioneros de la Misericordia muestra su agradecimiento por esta iniciativa papal, al tiempo que nos habla de la experiencia del perdón como antesala para disfrutar del regalo de la misericordia. Y lo hace acudiendo a Jesús, que se muestra solidario desde el discurso de las bienaventuranzas, porque la posibilidad evangélica que tiene el creyente de ser misericordioso está en saberse necesitado.

MEMORIA AGRADECIDA

En mayo de 2015, el papa Francisco publicaba la bula *Misericordiae Vultus* (MV), por la que se proponía ofrecer un año jubilar especial con motivo de los cincuenta años de la celebración del Concilio Vaticano II, y lo ofrecía como Año de la Misericordia. Entre las acciones que se realizarían, según el número 18 de la bula, estaba enviar *Misioneros de la Misericordia* por todo el mundo. “Durante la Cuaresma de este Año Santo tengo la intención de enviar a los Misioneros de la Misericordia. Serán un signo de la solicitud materna de la Iglesia por el Pueblo de Dios, para que entre en profundidad en la riqueza de este misterio tan fundamental para la fe. Serán sacerdotes a los cuales daré la autoridad de perdonar también los pecados que están reservados a la Sede Apostólica, para que se haga evidente la amplitud de su mandato”.

El día 9 de febrero, a los Misioneros se nos entregaba el nombramiento especial: “Francisco, Sumo Pontífice, te constituye a ti (y aquí el nombre personal de cada uno) Misionero de la Misericordia, para que, como don particular de la Misericordia del Padre, puedas absolver válidamente, según las normas, todos y cada uno de los pecados, incluso los reservados a la Sede Apostólica, en cualquier parte del mundo, hasta el final del tiempo del Año Santo Extraordinario. Que en tu servicio en favor de las almas de los fieles cristianos, cumpliendo fielmente las normas, con corazón sencillo y benévolo, y con ánimo bondadoso, mantengas siempre los ojos ante el Padre de las Misericordias, y de

la Bienaventurada Virgen María, Madre de la Misericordia”.

Al día siguiente, el Miércoles de Ceniza, al final de la celebración de la Eucaristía, el Papa nos hacía el envío a los Misioneros: “Guarda, Señor, a estos siervos tuyos, que enviamos como mensajeros de misericordia, de salvación y de paz. Guía sus pasos con tu diestra, para que no desfallezca ninguno bajo el peso de la fatiga apostólica. Resuene en su palabra la voz de Cristo y en sus gestos el corazón de Cristo; y cuantos los escuchen sean atraídos a la obediencia del Evangelio. Infunde en su corazón tu Santo Espíritu, para que, hecho todo a todos, conduzca hacia ti, ¡oh Padre!, a una multitud de hijos que te alaben sin fin en tu santa Iglesia”.

A punto de concluir este Año de gracia, en el que se ha podido vivir en tantas Iglesias particulares el regalo de la misericordia, es justo reconocer el bien que ha supuesto la intuición del papa Francisco, al ofrecer este tiempo especial de reconciliación y de perdón. Cuentan en algunas diócesis que se han superado todas las expectativas y, por ejemplo, en Santiago de Compostela, los peregrinos que han llegado han sobrepasado el número de muchos años santos compostelanos, con una particularidad: que así como en los años santos han venido peregrinos de todo el mundo, este año también lo han hecho de todas las parroquias diocesanas.

Como testigo directo de lo que ha significado para muchos el acercamiento a la gracia de la perdonanza, y entre ellos para los mismos sacerdotes, es deber, como dice el papa Francisco, ser

agradecidos. “Qué importante es saber agradecer al Señor, saber alabarle por todo lo que hace por nosotros. Y así, nos podemos preguntar: ¿somos capaces de saber decir gracias? ¿Cuántas veces nos decimos gracias en familia, en la comunidad, en la Iglesia? ¿Cuántas veces damos gracias a quien nos ayuda, a quien está cerca de nosotros, a quien nos acompaña en la vida? Con frecuencia damos todo por descontado. Y lo mismo hacemos también con Dios. Es fácil ir al Señor para pedirle algo, pero regresar a darle las gracias... (Lc 17, 17-18)” (Homilía, 9 de octubre de 2016).

Precisamente, la ceremonia de clausura del Año Jubilar de la Misericordia consiste en un canto de acción de gracias, con la celebración de la Eucaristía y el canto del *Magnificat*.

EL REGALO DEL PERDÓN

No es descriptible la experiencia de paz, de alegría, de anchura del corazón, de alivio, de gracia, de novedad que se recibe con el perdón, cuando se ha vivido mucho tiempo en la clandestinidad del propio pecado, en el autosequestro de la conciencia por razón del miedo, de la vergüenza, del peso que supone arrastrar en oscuridad la dolencia del alma.

Gracias a la posibilidad de perdonar, que la magnanimidad de Francisco concedió a todos los sacerdotes, con relación al aborto, y a los Misioneros de la Misericordia para los pecados reservados, muchos han visto la luz, han sentido el abrazo de Dios, han recuperado la esperanza, han sentido las entrañas de la Iglesia, han podido acercarse al altar sin angustia, han podido celebrar la Eucaristía sin violencia interior y comenzar de nuevo el camino del seguimiento evangélico con alegría.

Desde la realidad histórica del abrazo entrañable de Dios, no podemos quedar mudos, no ser olvidadizos, sino, por el contrario, debemos ser agradecidos a la intuición del papa Francisco por haber ofrecido un Año de la Misericordia. Albergó la intuición de que fue la propia experiencia del Papa, cuando el 21 de septiembre de 1953 se acercó a un confesor y salió conmovido de aquel encuentro, lo que le movió a invitar a todos los cristianos a celebrar la fiesta del perdón.

LA GRACIA DEL PERDÓN

El perdón se comprende desde la experiencia de saberse perdonado. El que se siente perdonado adquiere conciencia de su fragilidad, al tiempo que se le concede sentirse criatura nueva; gusta la paz, conoce más a Dios, tiene posibilidad de testimoniar el don divino. El que se sabe necesitado de perdón se reencuentra con su ser más profundo, porque ha gustado el secreto de las entrañas divinas, y el que es perdonado se libera del peso de la sombra más oscura.

Por el beneficio de la Redención, gracias a la oblación de Jesucristo, se recibe la gracia del perdón, que es la puerta para acceder de nuevo a la casa de Dios. El perdón nos rehabilita la identidad filial divina, nos posibilita el retorno del exilio, nos deja gustar el abrazo entrañable, nos regala el vestido nuevo del primogénito, nos da la credencial para sentarnos al banquete de bodas, nos libra de la mala memoria. “Hijos míos, en esto conoceremos que somos de la verdad, y tranquilizaremos nuestra conciencia ante Él, en caso de que nos condene nuestra conciencia, pues Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo” (1 Jn 3, 18-24).

El perdón es gracia. Quien se siente perdonado renace, recupera la alegría, unge su historia de hitos bendecidos, se vuelve magnánimo, ensancha sus entrañas, tiene más posibilidad de ser buen samaritano, vive agradecido y humilde. Un signo de gracia es sentir el movimiento sincero de conversión y deseos de renovar la opción evangélica.

Es privilegio del creyente poder acudir a la casa del perdón para celebrar la fiesta de la misericordia. Y un regalo inmerecido, volver a sentir el abrazo entrañable, por el que se recupera la conciencia de ser hijo adoptivo de Dios.

El amor divino se desborda cuando invita a que nos sentemos a la mesa, como hizo Jesús con **Zaqueo**, con **Leví**, con los pecadores, revestidos de la túnica de fiesta por el perdón recibido. Y como cuando el mismo Jesús se sentó a la mesa de los amigos.

Cuando se siente el peso de la culpa, es moción del Espíritu Santo poner en los labios la oración del ciego de Jericó: “Jesús, Hijo de **David**,

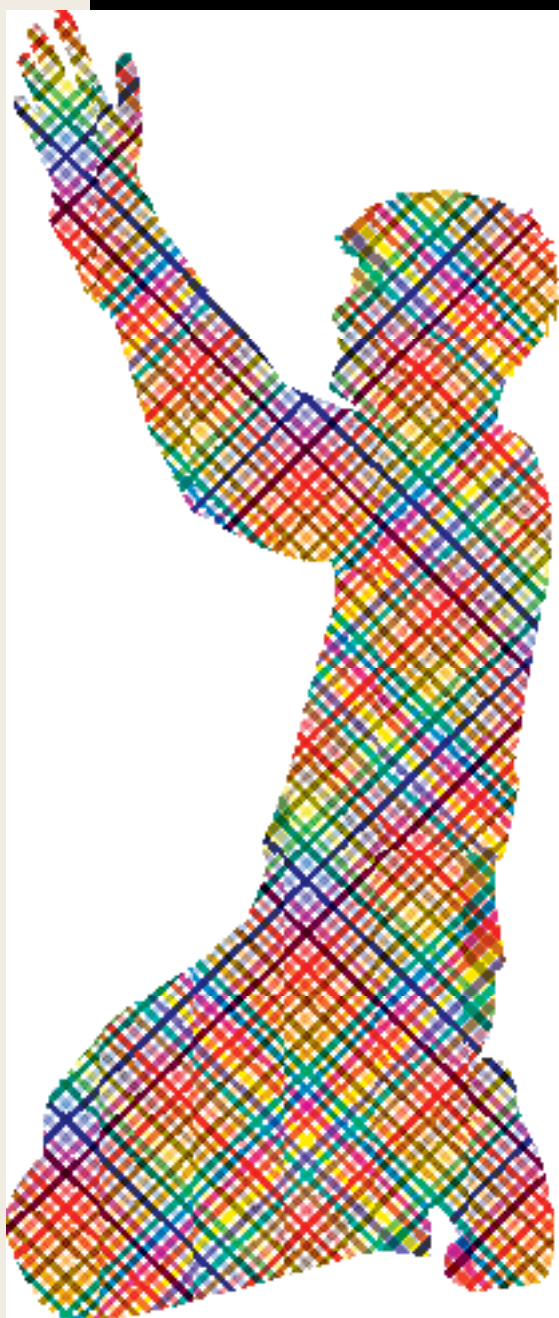
ten piedad de mí”; o la del publicano: “¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!”. Quien reza así sabe que es escuchado, y se siente el impulso de cantar, como María, el *Magnificat*, al percibir la mirada bondadosa del Señor sobre nuestra pobreza personal.

La experiencia del perdón se convierte en hito ungido en la historia personal, que jalona la andadura más íntima cada vez que con humildad se recibe la misericordia. Al pasar de sentirse marginal, tendido en el suelo, paralizado, sin ánimo, a ponerse de pie, se recuperan la visión trascendente de la vida, las fuerzas y el ánimo para seguir detrás de Jesús, porque se ha recibido el don del perdón. Y por la experiencia de esa gracia, que se ha acogido, nacen el deseo y la capacidad de perdonar y comprender a quienes se sienten contrarios o diferentes.

CONTEMPLACIÓN DE LA MISERICORDIA

Este Año de gracia se ha querido expresar en muchos lugares con el paso por alguna de las puertas santas, abiertas en diferentes catedrales, santuarios, lugares más significativos de las diócesis. En Roma, además de abrirse en San Pedro del Vaticano, se abrieron también en San Juan de Letrán, en San Pablo Extramuros y en Santa María la Mayor.

Atravesar la puerta puede parecer un rito atávico. Sin embargo, para quien llega cargado con el peso de su conciencia es una experiencia liberadora, sobre todo cuando se acompaña con la celebración del sacramento de la reconciliación. En el Monasterio de Buena Fuente del Sistol, que ha sido uno de los lugares de la Diócesis de Sigüenza-Guadalajara designados por su obispo, don **Atilano Rodríguez**, como templo jubilar, hemos podido observar cada semana el gozo de los peregrinos, cuando, antes de celebrar la Eucaristía dominical, atravesaban la Puerta Santa, recibían el abrazo de acogida, eran rociados con



MISERICORDIA QUIERO, NO SACRIFICIOS

el agua bendita, y se les regalaba la oración jubilar en una estampa con el rostro del Cristo de la Salud y una bolsa con hierbas aromáticas de los campos del Sistol. Por este motivo hemos recibido testimonios muy emocionados y agradecidos.

Desde mi propia experiencia como penitente y como confesor, puedo asegurar que la misericordia no es la puerta falsa por la que evadirse de la conciencia, sino el abrazo entrañable que libera de la sombra más oscura que anida en el alma por causa del pecado. La misericordia no es un mensaje blando para atraer a los alejados, sino la esencia del Dios revelado, de la que disfrutaban los que dan fe a la Palabra y sienten que creen en Alguien que les ama, experiencia esencial del creyente.

La misericordia no es la palabra moderna que a modo de eslogan se repite como propaganda de una nueva marca, sino la identidad de Quien desde el principio creó por amor, mantiene todas las cosas con el mismo amor y espera siempre pacientemente que lo reconozcamos, sin exigencias traumatizadoras. Desde el propio significado bíblico de la palabra, el término misericordia tiene un sentido entrañable, paternal y maternal; amistoso e íntimo, de perdón y de celebración.

Gracias a la misericordia, todos nos podemos sentir invitados a vestir el traje de fiesta y a sentarnos en el banquete de bodas. Posibilidad que se nos brinda especialmente en el sacramento del perdón y de la Eucaristía. Es el modo con el que Dios desea mostrarse, sin importarle tomar para ello la imagen de pastor, de samaritano, de padre olvidadizo, de mujer nerviosa, con tal de atraer a todos hacia Sí. Él se pone a la altura de cada persona, le habla en su lenguaje, le atrae con la estrategia del amor, por el que se hace todo a todos.

La misericordia divina es razón para levantarse siempre, para confiar en la Providencia; para volver a casa sin miedo al rechazo, para dejarse perdonar, para no perecer en el resentimiento ni en la memoria oscura. Por el contrario, es creadora, y sale al encuentro del que la necesita en la forma y figura que más se acomoda a su precariedad. El Dios revelado en su Hijo, rostro de la misericordia, se hace pan, agua,

consuelo, abrazo, diálogo, perdón, hasta restaurar toda la indigencia de la que es víctima cada persona, por más que sea por culpa propia.

Gracias a la misericordia, contamos siempre con el Dios que se hace comida, manantial, túnica, anfitrión, compañero, maestro de oración, se ofrece como medicina saludable, como hospederio y posada.

Jesucristo nos regala el Consejero interior, Quien nos dicta lo bueno y lo mejor, y nos corrige con la falta de paz cuando nos apartamos del camino verdadero. Gracias al Espíritu Santo contamos siempre con quien sabe consolarnos y ofrecernos el mejor puerto para retornar de nuestras singladuras independientes, sin sufrir el sonrojo de nuestras acciones clandestinas.

NECESIDAD DE MISERICORDIA

Para disfrutar del regalo de la misericordia, se debe tener necesidad de la misma, como cuando busca la cierva sedienta el agua y la tierra reseca espera la lluvia de tempero. El papa Francisco nos advertía a los Misioneros de la Misericordia de tres obstáculos para acercarse a la puerta del perdón: “Puede haber algunos obstáculos que cierran las puertas del corazón. Está la tentación de blindar las puertas, o sea, de convivir con el propio pecado, minimizándolo, justificándose siempre, pensando que no somos peores que los demás. Así, sin embargo, se bloquean las cerraduras del alma y quedamos encerrados dentro, prisioneros del mal. Otro obstáculo es la vergüenza de abrir la puerta secreta del corazón. La vergüenza, en realidad, es un buen síntoma, porque indica que queremos tomar distancia del mal; pero nunca debe transformarse en temor o en miedo. Y hay una tercera insidia: la de alejarnos de la puerta. Esto sucede cuando nos escondemos en nuestras miserias, cuando hurgamos continuamente, relacionando entre sí las cosas negativas, hasta llegar a sumergirnos en los sótanos más oscuros del alma. De este modo, llegamos a convertirnos incluso en familiares de la tristeza que no queremos, nos desanimamos y somos más débiles ante las tentaciones. Esto sucede porque permanecemos solos con nosotros mismos, encerrándonos y escapando de la luz. Y solo la gracia

del Señor nos libera. Dejémonos, entonces, reconciliar, escuchemos a Jesús que dice a quien está cansado y oprimido: ‘Venid a mí’ (Mt 11, 28). No permanecer en uno mismo, sino ir a Él. Allí hay descanso y paz” (Homilía, 10 de febrero de 2016).

Es de sabios vencer las tentaciones de atrancar la puerta de la misericordia, que es Cristo, de alejarse de ella, por sentir vergüenza, y de creer que ya no se tiene derecho a la puerta por la insistente repetición de los pecados. En la oración es donde surge la conciencia de pecado y de debilidad y también la necesidad de perdón. Y es en la misma oración cuando se degusta la misericordia.

DIFICULTADES PARA RECIBIR EL PERDÓN

Frecuentemente, al tomar conciencia de la debilidad y del pecado, asaltan, por un lado, el temor, la vergüenza y hasta el miedo de tener que confesarlo, y, por otro lado, la sugerencia dañina de convivir con la quiebra interior, como si fuera algo imponderable. No es solución la huida, ni la autojustificación; no libera la connivencia con el mal, ni quedarse hundido en la herida crónica de la infidelidad. Ante el dolor y el sufrimiento que reporta el apartamiento del querer de Dios, surgen en la conciencia muchas preguntas, que si encuentran el puerto franco de la misericordia son beneficiosas.

Oración

¿Por qué, Señor, mi reiterada inconsciencia? ¿Por qué arrastrar tanta miseria y sentir el peso de lo corpóreo, el atractivo intranscendente de las cosas, cuando sé que he sido hecho para vivir más allá una dimensión luminosa? Sé que no puedo ni debo renunciar a mi corporeidad, que es a través de ella como puedo compartir contigo el curso terreno y que, gracias a mi naturaleza, puedo vivir tu misma entrega. Es en mi cuerpo donde puedo sentir más de cerca la historia que compartiste con nosotros. Tu sueño, tu hambre, tu sed, tu dolor, tus lágrimas, tu tristeza y tu necesidad de amigos me confirman el realismo de tu opción compañera de nuestra humanidad.

Quiero expresar mi agradecimiento por la posibilidad que me das de compartir tus sensaciones, sentimientos y necesidades, y de recorrer los caminos de la vida con la certeza de tu presencia, aunque no te vea.

Quiero unirme a tu oración, a tu súplica confiada, llena de ternura, a tu invocación filial e íntima, que nos revela tu identidad divina.

Sé que Tú nunca me rechazas ni me dejas de considerar hermano. Pero yo me entretengo en mis noches de exilio, y así me mantengo alejado de tu mirada de manera injusta.

Soy yo quien se desvía de saberte en mí; y también me desvío al vivir fuera de mí mismo, extrovertido, razón de sentir a veces tanta soledad, cuando Tú me esperas silencioso en mi propio interior. Señor, que vuelva siempre al recinto entrañable de la misericordia, no dejes de llamarme, aunque sea de lejos. Que vuelva siempre a tu perdón, por el que pueda, de nuevo, invocarte como amigo.

Tu misericordia es el espacio que con mayor certeza me deja sentir tu amor. Por ello, que siempre me atreva a invocarte: "Padre". Así quiero llamarte, y que esta relación sea mi horizonte. Que, a pesar de todos mis errores, descubra que solo Tú eres la verdad liberadora.

JUSTICIA Y MISERICORDIA

Una de las luces que más me han ayudado a lo largo del Año de la Misericordia ha sido la explicación que el propio papa Francisco hace de la justicia y de la misericordia. Quizá para nosotros son dos palabras contrapuestas y excluyentes, pues nos parece que hacer justicia impide el perdón, y que el perdón se puede saltar la justicia. Sin embargo, con la exégesis bíblica que hace el Papa cabe otra forma de comprender ambos términos.

Dice Francisco en la bula jubilar: "En la Biblia, muchas veces se hace referencia a la justicia divina y a Dios como juez. Generalmente es entendida como la observación integral de la ley y como el comportamiento de todo buen israelita conforme a los

mandamientos dados por Dios. Esta visión, sin embargo, ha conducido no pocas veces a caer en el legalismo, falsificando su sentido originario y oscureciendo el profundo valor que la justicia tiene. Para superar la perspectiva legalista, sería necesario recordar que en la Sagrada Escritura la justicia es concebida esencialmente como un abandonarse confiado en la voluntad de Dios" (MV 20).

El mismo Papa, el primer día de su pontificado, que coincidió con la solemnidad de san José (19 de marzo de 2013), en la homilía que pronunció dijo: "José es 'custodio' porque sabe escuchar a Dios, se deja guiar por su voluntad", y al año siguiente, en la misma fecha, comentaba: "José era un hombre que siempre sabía escuchar la voz de Dios, era profundamente sensible a su secreta voluntad, un hombre atento a los mensajes que le llegaban desde lo más profundo del corazón y desde lo alto. No se había obstinado a seguir su proyecto de vida, no permitió que el rencor le envenenara el ánimo, sino que estuvo listo a ponerse a disposición de la novedad que, de manera desconcertante, le era propuesta" (Ángelus, 22 de diciembre de 2013). "José educa a Jesús principalmente por el ejemplo: un ejemplo de un 'hombre justo' (Mt 1, 19) que siempre es guiado por la fe, y que sabe que la salvación no es por la aplicación de la ley, sino por la gracia de Dios, su amor y su fidelidad". En definitiva, justicia es confianza, creer en la Providencia divina, abandono en las manos de Dios, fiarse de Él.

Oración

Señor, si justicia significa confianza en ti, abandono en tus manos, como Tú en las de tu Padre porque estabas seguro de su amor;



si Tú te has entregado enteramente y por amor en manos de tu Padre para demostrarnos hasta dónde llega tu confianza, que se vio coronada por el triunfo de tu resurrección, y yo, en mi caso, me quedo anclado en la sospecha, en la reticencia, en la desconfianza por no dar crédito al ofrecimiento de tu perdón, estoy siendo injusto contigo y con tu Padre, y contigo mismo.

Por tu magnanimidad, he sentido, Señor, la necesidad de reivindicar la confianza en tu persona. Te has ganado el crédito más absoluto. Instalarnos en nuestro egoísmo, defendernos de tu mirada por sentir vergüenza o creer que ya no tenemos acceso al perdón por nuestra debilidad reiterada es una injusticia que cometemos contigo.

Cristo, no dejes de enviarme tu aliento, el sople de tu Espíritu, para que siempre, en cualquier circunstancia, vuelva a casa, a tu abrazo, y entre por la puerta de la misericordia, la que me restaura sin echarme en cara mi pobreza, mi debilidad y hasta mi pecado. Gracias, Señor, por permanecer con los brazos abiertos, esperando siempre mis retornos. ¡Que de una vez me quede bajo tu mirada, sin emanciparme de tu amor!

LA MISERICORDIA Y LAS BIENAVENTURANZAS

El papa Francisco nos invitaba durante este año a considerar las obras de misericordia: “Es mi vivo deseo que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina” (MV 15). Mas, si reparamos en el discurso del evangelista san Mateo, encontramos una apreciación importante, y es que la bendición recae sobre quienes han hecho el bien, incluso sin saber que se lo hacían a Jesucristo. Se ha llamado a este texto el de los cristianos anónimos, pues a los que tenemos la noticia del Evangelio se nos ha revelado la dignidad del

prójimo. En este caso, cómo practicar las obras de misericordia, si los creyentes no podremos responder: “¿Cuándo te vimos, Señor?”.

Al meditar el discurso del evangelio de san Mateo como creyente, me encuentro que la forma de practicarla tiene un referente emblemático: el modo con el que Jesucristo lo practicó. Él se ha dado como pan y como bebida; nos ha dejado su túnica y su manto, ha curado a muchos de su enfermedad, ha consolado a los tristes, ha aconsejado y enseñado a los sencillos de corazón, y ha rezado a su Padre por los que le ha dado. Y descubro que Jesús no solo se ha dado como pan, sino que se ha mostrado hambriento: “Después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al fin sintió hambre” (Mt 4, 2). En este caso parece lógico, pero es más extraño que sienta necesidad al salir de Betania. “De mañana, camino de la ciudad, tuvo hambre” (Mt 21, 18). Y resucitado, se presentó a los suyos y les dijo: “¿Tenéis algo de comer?” (Lc 24, 41). También Jesús no solo se ha dado como bebida, sino que se ha mostrado sediento: “Tengo sed” (Jn 19, 28). “Dame de beber” (Jn 4, 7). “Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el Reino de Dios” (Lc 22, 15-16). Al Maestro le han despojado de sus vestiduras y lo han mostrado desnudo. Jesús en Getsemaní se ha mostrado débil, angustiado, triste, con sudor de sangre. Él, que curó a tantos...

Desde estos contrastes me ha asaltado la pregunta: ¿cómo vivir las obras de misericordia? ¿Como aquel que pasa generoso, dando de lo que tiene, o como mendigo, menesteroso, pobre y humilde? Dice el texto sagrado que Jesús se hizo pobre para enriquecer a muchos. “Pues conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de enriqueceros con su pobreza” (2 Co 8, 9).

A la luz de esta consideración, descubro que la posibilidad evangélica que tiene el creyente de ser misericordioso está en saberse necesitado. Solo el que ha pasado hambre sabe lo que significa un trozo de pan; solo el que se ha

sentido extranjero, desechado, sabe lo que significa la hospitalidad.

Sin duda que es bueno y loable ser generoso, magnánimo, solidario, pero quizá nos cuesta más sabernos necesitados. El profeta Miqueas afirma tres principios a modo de apotegmas, que iluminan el camino espiritual: “Respetar el derecho, amar la misericordia y andar humildes con Dios (cf. Miq 6, 8). Cuando uno tiene para dar, no ha descubierto del todo lo que significa compartir desde la indigencia. ¡Cómo me duele el pan en la basura, los panecillos que se tiran en los banquetes, la comida que se desecha en las grandes áreas de servicio...!

Jesús, que se muestra solidario, compasivo, misericordioso, no lo hace desde una posición de superioridad, sino desde el discurso de las bienaventuranzas. “Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia...” (Mt 5, 3-7). De otra forma parecen contradictorios los mensajes que se encuentran en el mismo Evangelio. Es desde el espíritu de las bienaventuranzas desde donde los creyentes debemos practicar la misericordia. En esta clave se comprenden los dos textos: “Bienaventurados los hambrientos” y “Venid benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer” (Mt, 25-34-35).

Las obras de misericordia son una exigencia, pero la sabiduría cristiana de practicarlas son una bendición. Jesús, que va a manifestarse con el poder de perdonar, se puso en la fila de los pecadores y fue tomado por blasfemo. Quien fue despojado de sus vestidos, nos reviste con su túnica de la dignidad de hijos de Dios. Quien se nos da como pan y bebida, se muestra hambriento y con sed...

Si hay un ejemplo de misericordia propuesto por Jesús, es el del buen samaritano (Lc 10, 25-37), el de aquel que ni siquiera tenía conciencia de cumplidor de la ley. Si hay un

ejemplo de oración bien hecha, es el del publicano (Lc 18, 9-14), que se siente pecador. Y si hay alguien que echa una gran limosna en el templo, es la viuda que da dos reales (Lc 21, 1-4), todo lo que tiene. Jesús exalta la fe de la mujer cananea (Mt 15, 21-28), una pagana; y la del centurión romano (Lc 23, 47). Desde este contexto, se comprende que las obras de misericordia hay que practicarlas desde el espíritu de las bienaventuranzas.

LA GENEROSIDAD EN LA PRÁCTICA DE LA MISERICORDIA

Me fijo en una de las obras de misericordia, la de dar de beber al sediento, que viene a proveer una extrema necesidad. Pero Jesús no se conforma con darnos un vaso de agua, sino que se nos dio enteramente en el cáliz.

Si dar de beber agua al sediento
es aliviar la angustia,
dar de beber vino
es gesto festivo.

El agua aplaca la sed física.
El vino es respuesta a
la necesidad interior de amor.

El agua es un bien necesario,
al que tienen derecho
todos los humanos.
El vino es un don
gratuito y generoso.

El agua lava las manchas.
El vino alegra el corazón.

El agua brota del manantial
de manera natural.
El vino es fruto del trabajo
artesano y ofrenda
de generosidad.

El agua corre en los ríos,
acequias y canales.
El vino se guarda en odres,
pellejos, toneles... Y se cuida
con trabajo artesano.

El agua significa hospitalidad
de lo más imprescindible.
El vino es símbolo de
relación amiga.

Del costado de Jesús brotó
sangre y agua, remedio de primera

necesidad y ofrenda generosa y gratuita de donación total. Jesús se da como vida y como amor, como entrega gratuita y espléndida, donación total de Sí mismo.

Tantas veces, después la prueba se convierte en el hito ungido, grabado en la memoria, que al recordarlo, infunde esperanza: “Den gracias al Señor por su misericordia, por las maravillas que hace con los hombres. Calmó el ansia de los sedientos, y a los hambrientos los colmó de bienes” (Sal 106, 4-9). En este contexto, se comprende aún más la misericordia divina en el gesto de Jesús en la última cena: “Tomad y bebed”; y en la hora suprema, al convertirse en sed y en manantial.

ORACIÓN DEL DESPOJADO

Señor, como Job, yo también reconozco: “Desnudo nací del seno de mi madre, y desnudo volveré a la tierra de donde fui sacado” (Job 1, 21). Sin embargo, te pido que hagas conmigo como hiciste con los primeros padres, y cubras mi desnudez vergonzante. “El Señor Dios hizo túnicas de piel para Adán y su mujer, y los vistió” (Gn 3, 21).

Ten misericordia de mí; yo, por mi parte, solo podría revestirme de saco, de sayal, pues en la culpa nací, pecador me concibió mi madre.

No deseo que sea pretenciosa mi oración al pedir que extiendas tu manto sobre mí, pues soy obra tuya, salida de tus manos, aunque hechura de barro. A mí no me corresponde vestirme de gala, ni mucho menos de fiesta, ni arrogarme derechos de primogénito o de hijo amado.

Pero por la Encarnación de tu Unigénito, que tomó nuestra carne de María Virgen, revísteme, Señor, de la túnica de heredero como hizo Rebeca con Jacob, por lo que recibió la bendición de su padre Isaac, gracias a la intervención de la madre.



MISERICORDIA QUIERO, NO SACRIFICIOS

No soy digno de revestirme con el manto sagrado, ni tengo derecho a mostrarme con los atuendos de honor. Sin embargo, sin méritos propios, he sido ungido con el óleo santo, y vestido con la túnica real y sacerdotal en el momento del bautismo. No permitas que desacredite el nombre de cristiano y sepa llevar la vestidura blanca con dignidad, por la que pueda acercarme siempre con rectitud de conciencia a tu mesa santa.

Sé que por mi débil condición pongo en riesgo tu generosidad, y que solo gracias a tu perdón y misericordia podré dejar mi manto menesteroso y entrar en la sala del banquete con la dignidad de invitado, sin usurpar la identidad.

Recuerda, Señor, cómo ante el retorno del hijo pequeño, el padre de la parábola lo abrazó y cubrió de besos, y mandó traer para él un vestido de fiesta. Yo no merezco consideración tan espléndida, pero al menos no dejes que me resista a la gracia, por pensar que no soy digno. Aunque me parezca que es más coherente quedarme fuera de casa, por mi reiterada fragilidad, que no me resista a tu invitación de entrar al banquete, como hizo el hijo mayor, orgulloso y resentido.

Tú revestiste con tu Espíritu a jueces y reyes, a profetas y a apóstoles; te pido, al menos, que derrames sobre mí la gracia del perdón, que nunca dude de ti, a pesar de que me parezca más sincero permanecer en mi pobreza.

Tú puedes revestirme de fuerza, a la vez que de humildad; de sencillez,

a la vez que de coraje; de honradez, a la vez que de aspiraciones nobles; de hijo, a pesar de saberme siervo.

Si las flores del campo y la hierba que se seca lucen con mayor esplendor que los reyes de este mundo, infúndeme la confianza y el abandono en tus manos, para saberme siempre con el ofrecimiento de tu misericordia, por la que pueda estrenar permanentemente la dignidad de ser tu criatura, hecha a imagen de tu Hijo amado, de tu Primogénito.

DAR O DARSE

Si Jesús, en la noche de la Última Cena, expresa de manera precisa la respuesta a las obras de misericordia, a la vez que se entrega enteramente en el pan y en el cáliz, dar de comer y de beber no solo se limita a dar pan o agua, sino que es darse uno a sí mismo.

Es relativamente cómodo dar una limosna, dar de lo que se tiene, vaciar el armario de ropa usada y llevarla al ropero de Cáritas; pero, mirando al gesto de Jesús, la exigencia y la vocación cristianas implican dar la vida. El hambre y la sed, el manto y la salud son imágenes de lo que es necesario para vivir, y con ello se nos está pidiendo la entrega total en favor de los que pueden sufrir no solo hambre física, sino desesperanza o sinsentido.

Participar en la Mesa del Señor y adorar las especies sacramentales compromete. En el pan y en el vino consagrados se nos muestra y se nos entrega Jesucristo hecho ofrenda, sacrificio, a la vez que

resucitado. En el despojo de sus vestidos se nos entrega totalmente el Cuerpo de Cristo para revestirnos con su naturaleza humana, con la dignidad del Primogénito, del Hijo amado de Dios.

La contemplación del Santísimo Sacramento nos llama a sentir en lo que miramos la llamada a darnos como pan, como alimento, con gesto humilde, discreto, bien a quienes padecen extrema necesidad, bien en convivencia festiva y amiga. No solo como respuesta de emergencia, sino como actitud permanente, pues el Señor permanece allí, en las especies sacramentales, hasta el fin de los tiempos.

Como respuesta permanente, gozada la experiencia cumbre del perdón de Dios, surge el verso del salmo: "Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia".

DESDE LA EXPERIENCIA

Sin afán pretencioso, y como Misionero de la Misericordia, habiendo sido testigo de la paz que supone conceder el perdón a personas atormentadas, manifiesto el acierto que ha tenido el papa Francisco en ofrecer el perdón aun de aquellos pecados reservados. Y, humildemente, creo que sería un gesto entrañable el prolongar de alguna forma esta posibilidad en las Iglesias particulares. Seguro que la sabiduría y la sensibilidad del papa Francisco comprenden lo que significa resolver una dificultad de conciencia a nivel sacramental, en vez de tenerla que canalizar a nivel canónico. ●

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN / ESPAÑA: 112.90 € / UE: 168,48 € / OTROS PAÍSES: 162 € / 47 NÚMEROS AL AÑO
Tel: 914 226 240 / Fax: 914 226 117 / suscripciones@ppc-editorial.com / www.vildanueva.es

Nombre y Apellidos: C.P.:
Dirección:
Población: Provincia: País:
CIF/NIF (DNI): E-mail: Tel:

FORMA DE PAGO

☐ Adjunto cheque bancario a nombre de PPC, S.A.



C/ Impresores 7 Urb. Prado del Teguero, 28040 Ciudad del Monte (Madrid)
Tel.: 914 226 240 / Fax: 914 226 110 / Correo electrónico: apcc@ppc-editorial.com

Le informamos que sus datos serán incorporados con fines mercantiles al fichero de Clientes del que es responsable PPC, Editorial y Distribuidora, S. A., C/ Impresores 7 Urb. Prado del Espino 28040 Ciudad del Monte, Madrid. Los datos que nos facilite podrán ser cedidos con fines comerciales incluidos publicidad por medios electrónicos, a las empresas de nuestro Grupo que constan en la siguiente URL: <http://www.grupo-sin.com> si usted se lo desea, por favor, comuníquenoslo.

☐ Domiciliación bancaria (rellenar los datos de la cuenta)

IBAN	ENTIDAD	OFICINA	DC	NÚMERO DE OFICINA

Nombre y Apellidos del titular de la cuenta:

Banco o Caja:

Fecha: Firma:



PARA BUSCAR, EN CUALQUIER
MOMENTO, UN ESPACIO
PARA LA ORACIÓN



COMENTARIO DIARIO DE
**ÁNGEL MORENO,
DE BUENAFUENTE**



SUSCRIPCIÓN 12 NÚMEROS

ESPAÑA: 24,50 €

COMUNIDADES RELIGIOSAS: 21,50 €

UE: 28,60 €

OTROS PAÍSES: 27,50 €

OFERTA ESPECIAL

PARA SUSCRIPTORES DE VIDA NUEVA:

SOLO 17,50 €

EJEMPLAR SUELTO

Nº 181 / DICIEMBRE 2016

A LA VENTA EN LIBRERÍAS | SOLO 3 €